

## **La bicicleta de flores**

Cada vez que ella pedaleaba desprendían flores de sus piernas. Amarillos y blancos intensos como si los dedos de sus pies rememoraran a Renoir, en primavera. Sentado en el banco de la esquina, por la calle jardín él la esperaba como era habitual. De un tramo a otros deshojaban pétalos y al llegar, sus ropas despedían esa fragancia de los campos floridos.

Arjín, se deleitaba mirándola en su bicicleta cada día, de su casa al lugar del encuentro. Su deseo era indescifrable. Desde el amanecer se sentaba en la esquina hasta la hora en que ella salía a su encuentro. No cesaba de mirar cómo centenas de flores salían en cada trajinar de su cuerpo hasta llegar y volver a partir. Arribar, era un delirio para Arjín, cada abrazo, una evocación. Sentir su torso cubierto de las flores que ella arrojaba sobre él todos los días durante tres años, desde que la conocía. En la calle siempre era primavera. Primavera todo el año, para soñar y escribir cómo una rosa deshojó sus pétalos hasta perfumar toda la vereda. Ese día, Arjín besó cada hoja sobre las pieles de la mujer que pedaleaba hasta encontrarle ritual en su banco. Semihundidos sus dedos sobre cada seno, desfallecía sobre la grama y dormía como un Príncipe toda la noche hasta el siguiente día. Pero esa noche no durmió. La noche de la rosa, Arjín bebió el elixir de todos los insomnios de los pezones de la mujer, que crecían gigantescos como se esparcía la primavera todo el año, por los campos de una ciudad sin nombre, sobre una bicicleta de flores.

Rusalca Fernández

Ciudad Bolívar, 23 de Febrero de 2009/ 12:33 pm